

CUENTOS DE NAVIDAD



ANTONIO RIVERA MENDOZA

EVENTOS DE NAVIDAD

ANTONIO RIVERA MENDOZA



*Editorial
Radar*

PORTADA: Grabado de José Guadalupe Posada

**D.R.© Antonio Rivera
Cochabamba, Bolivia
Primera Edición**

**Impreso en México
*Printed in Mexico***

Al Pavo

PREFACIO

Si estos cuentos y relatos tienen algún valor, es el de producirle gran regocijo a su autor, más todavía, acunados en forma de libro, además porque se construyeron a pesar de la mala memoria, que había sido, simplemente, poco oficio para entresacar recuerdos. Pero puede también tener otro valor, al menos trascendental, pero para el gasto, necesario: el valor literario.

Si alguien tuviera que ser destinatario de estos extravíos son sus protagonistas: el pavo (él lo es), dios, el simplón, la bella herida, Marta riendo...

Fuera de sus páginas, hay la tentación de encontrarlo entre los seres de sombra que acompañan la soledad que llaman vida; aquellos que brillan como reales por el tiempo eterno de la luz de la luciérnaga y luego tornan a la tiniebla. La cual no es del todo mala, sino una amable forma de ceguera, en la que saltamos de la carne al espíritu sin los prosaicos peligros de rasgarnos la ropa (y también nos salvamos de los riesgos de rompernos al alma contra personas que creen no ser multitud).

Es verdad que algunos de estos insectos (la

confusión no es impertinente) alumbran por más tiempo que estos otros seres, pero esto sólo lo logra lo que nos enseña la insigne crueldad de los niños: Tómese una luciérnaga hembra (son las únicas luminiscentes, como sucede en casi todas las especies animales) y en lugar de mantenerla viva e intermitente, aplástesela, corriendo el dedo, sobre una superficie opaca y lisa, en noche sin luna. El resultado es una ráfaga de luz, un pequeño cometa, que dura mucho más que la ingenuidad cuando cree estar libre y volando. Pero, ¿cómo saber cuál sombra iluminará tu tiniebla como los despojos del coleóptero? No puedes.

Pero cuidándonos de que este prefacio resbale hacia lo entomológico, recordemos que Marlon Brando en uno de sus mejores films, les dice a sus amigos niños: "La amo tanto, que me dan ganas de matarla" (encargo que los muchachos cumplen con verdadero entusiasmo, pero esa es otra historia) así brillan algunas personas y sería errático imponer una dedicatoria de este libro a alguna.

A.R.M.

CUENTOS Y LUCIERNAGAS

Esta es una presentación escrita sólo para seguir una regla (pese al cuidado del autor, alguna se cuela en su vida) que se ha hecho exigencia en la forma de los libros.

Un libro sin estos prólogos, advertencias o presentaciones -donde se reparten agradecimientos, se alaba sin rubor el propio trabajo o se encarga cantos a especialistas-, tiene la apariencia de un libro incompleto.

Este no es un libro incompleto, pero a la vez quiere serlo, porque los cuentos o relatos (o qué serán), que se leerán después de estas líneas -si se tiene el estómago para hacerlo-, los presento sin más recomendación que la de pedir que los lean sin indulgencia.

A.R.M.

ATENCIONES

Recibió su vómito, fue hasta el baño a lavar el bacín, no evitó lastimar su estómago observando el contenido; la tomó de la mano, la confortó, le trajo la chata sin que se la pidiera, le bastó verla inquieta y avergonzada, se la mantuvo por debajo de las sábanas rozando con su mano suave los pliegues de los muslos secos y ajados, mirándola en los ojos húmedos, para tranquilizarla. Fue a vaciar el caldo de orín y caca sin dejar de respirar, disfrutando su abnegación. Volvió, secó con su pañuelo el llanto tímido y avergonzado, limpió los mocos que le siguieron, se los guardó en el bolsillo embacados en el pañuelo, le acomodó las almohadas y la incorporó un poco tomándola, con cuidado de no quebráseles, de los huesos de la espalda, apenas separados de su fuertes manos por una piel como pergamino. Llegados a la estación de paz, después de ese recorrido por humores, lágrimas y desechos, controló el goteo del suero y del antibiótico, posó su mano en la frente del dolor; cuando sintió una leve tensión en el cuerpo acabado, pensó en llamar a la enfermera para que le suministrara un calmante, no fue necesario, estaba tranquila, había sido sólo un estre-

mecimiento, una coquetería. Pasaron largos minutos antes de que la mujer resbalara, asida de la salvación de su palma, en un sueño sin sueños.

Cuando la enferma, sin despertarse, se sobresaltó levemente por la llegada de una ambulancia, decidió, emocionado, separarse de ella, poniendo infinito cuidado para no inquietar el purgatorio donde ella se había refugiado. Caminó odiando sus zapatos negros de suela de cuero por el chirrido que hacían caminando por el plástico del suelo. Desde la puerta le echó una mirada de cuerpo enfermo entero, para llevarse la seguridad de que la dejaba en paz, en la tregua del sufrimiento.

Cerró sin ruido y cuando se vió afuera, cuando estuvo seguro de estar fuera del ámbito de la abnegación, separado de él por la maciza madera, corrió, a pesar de su ropa, corrió.

Llegó patinando sobre el pasillo de mosaicos, hasta Emergencias.

Alcanzó a ver la sangre en las piernas, resaltando la silueta del muslo y la rodilla hermosos; escuchó los gritos de dolor emergidos de debajo de una sábana verde que todavía no le dejaba ver el rostro de la hasta harían minutos bella mujer saliendo de la fiesta en una casa a la ribera de la autopista. Miró el sufrimiento, contempló el cuerpo, oyó los gritos, escuchó el dolor.

Se angustió cuando, de repente, el silencio de la antesala de Emergencias se pobló de ayes lejanos,

timbres de llamar a las enfermeras, carreteos de camillas, utensilios metálicos chocando, apagados sonidos de radios y televisores, lo rutinario del hospital. Por un momento temió lo peor, que la muerte le arrebatara lo suyo o, peor todavía, que el dolor haya dado paso al alivio, que no hubiera sido tan grave como la sangre y los gritos de hasta hace un momento se lo prometían. Pero tuvo suerte, sólo había sido un largo suspiro de tregua de la mujer para comenzar con más bríos sus *liedern* de sufrimiento.

Vió moverse el único zapato -adornado con metales dorados sobre el negro del terciopelo-, que el microbús le había dejado llevar hasta el hospital; la casi vacía media nylon que serpenteaba sobre la camilla y se mecía al vaivén del pulso nervioso de los camilleros que esperaban impacientes ante la puerta del consultorio de las primeras curaciones; vio los lóbulos de sus orejas desgarrados y esmaltados de sangre coagulada. La oportunidad y el apuro de los parientes, ya se sabe.

Se emocionó cuando vio el calzón enrojecido asomar por el borde del vestido de fiesta que trepaba un poquito sobre las piernas con cada convulsión de dolor. De dolor, cuánto sabía de eso, cuánto lo comprendía, y ahora, cuánto agradecía que lo hubiera.

Ya asomaba algo más oscuro, enmarañado, aplastado, debajo de los encajes del calzón blanco de

seda, un mechón teñido por la sangre aguada; su ansia previó el elástico ajustando la hermosa cintura adornada por el desborde del triángulo del vello codiciado, cuando sufrió la brusca amargura, esta vez de verdad: Emergencias se engullía la camilla y la puerta se cerraba sin ninguna consideración para sus abnegaciones.

Era capaz también de confortarse a sí mismo, pero la interrupción del espectáculo que ya endurecía su sexo le causó un malestar (deformó por un instante su cara afeitada) que no desaparecería hasta el día siguiente.

Salió, se dirigió con resignación de profesional al estacionamiento del edificio donde estaba su jeep. Se acomodó ante el volante: Encendió el motor y miró su reloj, no le desagradó la idea de acelerar su *land cruiser* cuando ya estuviera en la carretera: Pronto comenzaría la misa de Gallo.

No contestó al policía custodio del portón del hospital, cuando le dijo: "Hasta mañana, padre Eduardo".

EL REGALO LLEGO POR CORREO

Si uno ha sido cartero, sabe que muchos paquetes y sobres con contenido interesante son fáciles de convertirlos en propios, especialmente aquellos que no están registrados o no son envíos para entrega personal.

Rosendo era un antiguo cartero y sus hurtos, como todo en la vida, los compartía con Sara.

En vísperas de la navidad, se vieron sin efectivo. Se habían gastado los aguinaldos en la cuota para el auto y les quedó apenas para una cena decorosa, pero faltaban los regalos.

Rosendo abrió el saco de la correspondencia que debía repartir el feriado. Contenía una buena cantidad de cajas que o era fácil adivinar que eran regalos, casi todos para entregar contra firma. Entre las franqueadas de manera corriente, la pareja reparó en una caja con un nombre vagamente familiar escrito por impersonal impresora laser y decidió que era su regalo para completar su nochebuena.

Despejada la mesita del living de paquetes y sobres, y del florero de cristal con su tapetito a crochet, Rosendo y Sara comenzaron a abrirla con la inocencia de dos niños; cuando llegaron al cartón,

despojada de envoltorios de envío y del papel de regalo, Sara se adjudicó el derecho de destapar "su" sorpresa. La sorpresa era un paquete-bomba dirigida a un conocido político que frecuentaba las páginas políticas y sociales de los diarios.

Lo supieron días después, por el televisor de la sala del hospital, pues ninguno de los dos, con los brazos amputados, podía sostener un periódico.



ANTES, UN APERITIVO

Eso se dijo Samuel un poco por escaparse de toda la ceremonia de espera de la hora de la familia, de las ensaladas, de la espesa picana, del vino tinto, del postre de helado, de los paquetes, de todo eso que, curiosamente, conmemora el nacimiento del pobre Jesús. Una inocente huída de los trajines de su esposa ayudando a la madre, de los pedidos de ayuda para recorrer los muebles, de las preguntas de los sobrinos que nunca acuden a su padre que sufre la frecuente sordera adulta para las voces infantiles, de los continuos "saludes" de este concuñado, de las compras de última hora, de muchas otras exigencias que con gran naturalidad hacen las señoras cuando son propietarias de la organizacion de la fiesta para dejar los restos -comer, beber, jugar, mientras ellas conversan- a los señores y a los pequeños.

Samuel detestaba dócilmente las familias, las toleraba hasta la ternura; les concedía gran parte de su vida, pero también les estaba vagamente agradecido porque estaba convencido de que le permitían hacer cosas como la de hoy, escaparse un rato sin que se lo vayan a cobrar demasiado caro. Quería

pensar que no toleraba a la suya, sino que la amaba, pero en el fondo, donde no hurgaba por precaución, entre otras cosas habitaba el miedo a la muerte solitaria, en la calle, en un bar, donde no existe la ilustración del libro de lectura de primaria, de la familia consolando al moribundo.

Llegó al bar de Víctor y se acomodó en la barra, en un gesto involuntario de visita corta.

Cuando iba por el segundo *chop*, apareció por las puertas batientes su amigo Julio Ramírez, todavía de uniforme después de pasarse el día cuidando dinero ajeno parado en la puerta del Banco, y de su salida como custodio del encaje legal. Samuel se alegró de encontrar un amigo a esa ya no lejana hora de la Nochebuena. Le hizo campo para que ocupara el taburete de su derecha; le pidió, sin consultarle, un par de chops, pero Ramírez corrigió por un chufly, con los gestos que sólo Víctor comprendía.

Ramírez hablaba poco, pero esa noche, nada. Ni siquiera de "Serpico", que había visto dos semanas atrás, en el video del bar, pero que seguía siendo su tema. Después de estar callado por largos minutos, de pronto sus ojos se le humedecieron y soltó un "es una mierda" mientras desenfundaba su revólver reglamentario y lo llevaba a su sien derecha ante la parálisis de Samuel que veía la escena repetida en el espejo, entre las botellas de Chivas y Amaretto di Saronno, y los ojos vivísimos de Víctor, que quedó con la mano envuelta como herida en el trapo

secador, detenida en medio de la autopista del mostrador. El dedo de Ramírez apretando el gatillo, destruyó la escena fotográfica.

Víctor vio cómo la sangre se demoró en salir por el agujero humeante de la cabeza joven. Pero su horror se multiplicó cuando vio la herida mortal en la misma sien de Samuel (en el colegio, en los desfiles, Samuel y Julio formaban en la misma escuadra).

Los dos amigos se desplomaron juntos y estúpidamente muertos.

Mientras Víctor, detrás del mostrador terminaba de limpiarlo y gritaba histéricos insultos al policía, y abrían las hojas batientes la curiosidad y el horror. Nora, la esposa de Samuel decía muy bajito, echando una mirada malhumorada desde la ventana de la casa de sus papás, "Tan tarde. Hijo de puta, Samuel: Cuando vuelvas, te mato..."

EL PIBE

Al claror celeste de las 5 y cuarto, el Pibe comenzó sus recuerdos. Pero éstos no se remontaban a hechos y pensamientos lejanos, como sugiere "recuerdos", sino que se referían a los sucesos del día anterior, o mejor dicho, de la noche que ese instante terminaba. Y eran, además unos recuerdos vivos, como que al entrecerrar sus ojos para alcanzar una imagen, ésta acudía junto con el dolor de la carne superciliar, y era una imagen de violencia, de una bota, grande, limpia, fuerte, sobria, marrón, solvente, que le abría el pobre ojo con un golpe que el Pibe no hubiera creído, nunca, capaz de recibirlo sin morirse.

El Pibe, que a esa hora estaría en lo mejor de su noche, acostado en el mejor lugar de su cama limpia, soñado su sueños preferidos, estaba ahora ahí, tirado en el suelo húmedo de agua, orín y sangre, con un frío que se burlaba de su camisa rotosa y su pantalón súbitamente envejecido y, lo peor de todo, seguro de que poco después, a las 8 a más tardar, volverían a empezar a hacerle inconcebibles preguntas que no podían tener respuesta, hechas así pa-

ra poder vejarlo ante cada respuesta de silencio, cumpliendo un horario oficinesco de vejación: La primera sesión de 8 a 12, una seguidilla de preguntas, cada una acompañada de un golpe no rutinario, recreado, porque cada golpe era diferente, después de todo usaban sus manos, sus pies, sus rodillas, sus codos, sus cabezas y sus voces. Si hubiera sido uno solo el golpeador y único el golpe. Recomenzaban a las 2 pm, y después de la cena seguían en horas extras.

Eran ya seis días de esta fantástica rutina, el Pibe había aprendido a dividir el día imaginando cosas concretamente felices en los ratos de reposición. La última tarde dominguera que se había acostado con su amiga Marisol, le incitaba a imaginar otra imposible tarde que duraría cinco domingos y que él los cumpliría para merecer la posesión de los largos lunes.

Casi nunca los miraba a los ojos. Siempre estaba viéndoles las botas, zapatos, sus manos. Si alguna vez dirigía sus ojos oscuros al rostro de alguno, veía en ellos un odio que nunca había conocido hasta un año atrás, cuando sucedió aquello por lo que él ahora estaba muriendo en los otros ocho días que le permitiría su cuerpo. Porque ellos sabían que iba a morir, tenían que matarlo, pero su odio no se aplacaba por eso, pero también sabían que tenían de cómplice a su resistencia, y el Pibe era un tipo fornido, si no cómo hubiera podido hacer lo que hi-

zo. Había hecho karate con un japonés y pensaba que si fuera una lucha de igual a igual con cualquiera de estos tipos que lo abusaban, ellos habrían resultado instantáneamente con algo roto.

En 14avo. día su fuerte cuerpo y su sencillamente se acababan. El Pibe, llorando su propio réquiem, se decía entre la humedad que le invadía todos los canales de su deshecho cuerpo, que pudo haber sido menos convencional esa tarde de diciembre del 71 que, solito, se las había entendido con aquellos hombres y mujeres que eran como una familia sin lazos sanguíneos, asignados por el coronel, hasta matarlos.

SALUD, SALUD

¡Oh, qué tal! Sentáte. No, sólo una cervecita, por el Niño, yaaa. ¡Qué calor!, ¿no? Dos, por favor, señorita, bien frías. Nada, hermano, me estaba acordando...; pero, previo, salud. ¿No ve que a fin de año se llena Cochabamba? ¡Putá, ps! Todos esos ñatos que se sacan la mierda limpiando baños y lavando platos en Estados Unidos, llegan para darse la pinta con sus familias, trayendo regalos, y haciéndose los padrinos con los amigos, pagándoles la cuenta de las chupas, haciéndose chequear con las ñatitas contándoles cuentos. ¡Que en los steits están estudiando cine o administración de empresas!, y las otras qué lindo. En la calle están todos. Salud, salud. Tipos que se habían perdido años, aparecen en las calles caminando con sus viejas, sus hermanos, con ropitas de la fiut, gastando la mosca loca, ¿no? Ñatas igual, pero ellas creo que más llegan de México o de Europa, donde han ido becadas o sus padres las han mandado a estudiar. Justo quería contarte de una que fue mi ñatita hace muchos años, cuando estábamos en la U en Psicología. Salud, salud. ¡Qué mina!, no por lo linda, que no era tanto, aunque sí de cuerpo, qué minita digo por lo jodida. Tenía celos de

todo, y hasta me pegaba, te juro por dios. ¡Pero en serio! ¡A mí, sí! Una vez que quería no sé qué cosa, creo que nos fuéramos de donde estaba un antiguo chequeo mío, se emputó tanto que me tiró una patada en la canilla. Sí, delante de todos, y se fue. Además de quemarme con todos, un dolor. Uta ps. Una jodida. ¿Quién, yo?, corriendo detrás de ella, lógico, como era un cojudo... Otra vez, que estábamos en El Prado tomando unas cervezas con unos changos, se emputó de lo que no sé qué dije en contra de Marcelo Quiroga, me empezó a discutir a gritos y me tiró un lak'aso después de vaciarme su vaso mojándome la camisa y hasta el calzoncillo, una jodida. Cuando ya me emputaba de sus huevadas, y decidía dejarla, ella se volvía bien buenita, comprensiva, la mejor ñatita del mundo, hasta me lo iba a lavar ropa a mi cuarto, ¿te imaginas? Así, ¿cómo la iba a dejar, a ver dime? Yo volvía otra vez, pues, más templado que nunca. Seguí no más, al fondo a la derecha, dónde más, yaaa. Psst, señorita, dositas más, por favor. Así pues. No sé, serían como cuatro años; desde los vestibulares, hasta más de la mitad de la Carrera, cuando ella se fue a México, o mejor dicho, la mandaron sus viejos, después del asunto del aborto. Sí pues, salud. Una descuidada después de una chupa con los de la facultad y la dejé chichu. Una mierda para todos, ella no quería saber de tener hijos, ¡yo ya me veía como padre! y encima no teníamos plata. Pero ella tenía una amiga que había ido donde un

médico que le decían "Herodes", no sé si te acuerdas, un abortero famoso, en la Heroínas... Entonces nos acordamos de ese médico, y casi al filo del tiempo en que se podía hacer el raspaje chequeamos el Billete y decidimos ir donde él, ps. Quedamos en que yo la esperaría adentro, después de haber charlado con el doctor sobre cómo, cuándo y cuánto. Pero ya sus viejos se habían enterado y se armó el descule, llegaron a la sala de espera y se la secuestraron, ¡te juro!, se la llevaron volando a una clínica a donde yo no tenía pisada y, saliendo de allí se fue a México, a Monterrey, creo. Algunas veces me amenazaron sus hermanos, pero después se les pasó. Nunca más la volví a ver. Después de años me enteré que estaba viviendo en La Paz que se casó con un tipo que llegó a diputado o no sé qué y que trabajaba en una oenegé, en una pega que tenía que viajar a todo lado. Esperá. Alguna vez la vi en el periódico, dirigiendo seminarios donde se habla y habla, pero no se hace nada, ¿no ve? Bueno, un día de esos, cerca de navidad, yo estaba caminando por la calle y me dieron unas ganas de mear. Casi corriendo llego a ese local que había en la España que a esa hora estaba repleto ¿te acuerdas, donde todos caíamos por las noches antes de irnos a chupar? Bueno, cuando estaba gambeteando las mesas para meterme al baño, oigo una voz "¡Carlos! ¡Carlos!". Fija que era ella, porque a pesar de los añísimos, se me quedó en la cabeza ese tonito mitad de orden y

mitad cariñoso, cómo explicarte. Me doy la vuelta, la encuentro parada al lado de una mesa donde estaban otros ñatos y ñatas, y hasta wawas, creo, y me grita de punta a punta del boliche: "¿Cómo te ha ido en 'Psicología 101'?" . ¿Yo?, rayadísimo, pues. Esperá un cacho. ¡Psicología 101!, a ver. Era una materia que habíamos vencido ¡hace por lo menos quince años! Pero ahí estaba ella, mirándome con su gesto burlón que nunca había olvidado, su sonrisa roja, y sus ojos grandes y negros, no era tan alta. Yo no sabía qué hacer, claro. Era como si no hubiera pasado el tiempo, pero ya me meaba, la verdad. No me animé a contestarle, porque pensé que era un plan para joderme, para hacerme pagar qué cosas o, finalmente, que me estaba soñando. Me fui al baño, y al cerrar la puerta, todavía miré al otro lado del local, y ella seguía allí, parada mirando la puerta del baño sin dejar de sonreír. Cerré la puerta y comprobé que no había ni foco en el cuartito de baño y no había más luz que la que entraba por la rendija de una puerta bien vieja. Esperá, esperá. Trotando en el mismo lugar, delante del inodoro, abrí el cierre de la bragueta y oriné mirando el techo, sintiendo un alivio de la puta. Después, pensé en la escenita del local; me apresuré a correr el cierre del pantalón, ahora más tranquilo, para chequear qué pasaba afuera, porque además yo había saludado a algunos amigos en otras mesas. Ya listo para salir, sentí una humedad en el muslo derecho; me acerqué a la rayita de luz que

entraba al baño y vi, horrorizado, una mancha en mi pantalón color ladrillo, imposible de disimular, tú sabes que una tela de ese color cuando se moja se nota más, ¿no ve?, con los nervios no me la había sacudido como se debe. Espié otra vez afuera ¡ella seguía parada, mirando la puertita del baño!, y seguro toda la demás gente, tratando de saber qué mierda miraba esa ñata. ¡Mierda! ¿Qué hacer, Lenin? ¿Quedarme hasta que mi pantalón se seque? Ni por putas; ella, y todos, pensarían que estaba haciendo una cosa más grave que mear, y eso, a esa hora y en esas circunstancias era más jodido todavía que salir al medio del boliche con el pantalón meado, delante de todos. ¡Si hubiera tenido un periódico, o algo para disimular! Esperá, esperá. Froté con mi mano la parte mojada, pero nada, lo que hice más bien fue aumentar el tamaño de la mancha. Resignado, adivinando que la de ella arrastraría a todas las demás con su mirada hacia mi muslo derecho, para vengarse de qué, descorrí el picaporte de la puerta del baño, y una mano de mi mujer que se dió la vuelta de dormida, me dió en la cara, ¡despertándome, cojudo!

Ahora sí, ¡salud, hermano! ¿Dos más?

VIAJE

Benjamín R. caminó de la casa prestada en dirección a la pequeña estación de ferrocarril. Su primera incursión diurna por las calles de Fehralt-dorf la hacía con el paso apurado de quien ignora cuánto lleva un trayecto desconocido, y empujado por el viento helado de esa mañana de diciembre. Llegó varios minutos antes de las 9: 04, cuando pasaría el tren a Zurich, donde debía tramitar su residencia con un temor oculto.

Era un invierno sin nieve y con un frío que precipitaba el mercurio a los abismos. Benjamín R. vestía casi una completa indumentaria para afrontar este helado ambiente, pero, pensaba mientras el viento glacial dilatava los minutos, que un par de calzoncillos largos no hubieran ido nada mal a esas articulaciones usadas ya más de cuarenta años, y a su corazón que temblaba de frío y tristeza.

La cara del tren tenía un color verde sucio que enfatizaba su expresión entre maligna y de mal de alzheimer al emerger de la niebla para recoger al único pasajero de la estación de Fehraltdorf. Los ojos de Benjamín R., casi cubiertos por una chalina a cuadros, no repararon en el gesto irónico e instantáneo

de la locomotora que frenaba al convoy.

La calidez de un vagón de no fumadores, con sus asientos verdes, hizo más confortables sus temores y la inercia de frío que se introdujo con él. Se quitó el sacón y la bufanda, percatándose con aprensión que había olvidado tomar el papelito del itinerario antes de abordarlo. Resignado al contratiempo, se entretuvo en observar, con la discreta mirada de un extranjero, a los demás pasajeros. No era muchos, adivinaba cuatro en los asientos donde sus ojos no alcanzaban, además de una señora con el abrigo puesto, aferrada a una bolsa de supermercado, y de un rígido viejito que formaba, al sentarse, dos perfectos ángulos rectos.

El paisaje que corría en dirección contraria era el mismo, hermoso y monótono, de esa región. Benjamín R. no conocía el nombre de la próxima estación a la que ya llegaban, pero quedó desconcertado al leer el gran letrero de letras blancas sobre fondo azul: Fehraltdorf.

Pensó, entre sobresaltado y divertido, haber llegado al mismo lugar de su partida, prefiriendo seguir el lejano juego de Persio que había casi olvidado con otras lecturas más recientes; sin embargo, la absurda realidad le hizo sacudir la cabeza. Necesitado de una explicación, se dijo que la estación donde había abordado el tren, sería una suerte de subsidiaria de ésta, después de todo, aquélla era tan pequeña. Además recordó que en Suiza se encuen-

tran, a veces, localidades con nombres repetidos que quizá arraigadas tradiciones y el talante conservador de sus gentes, no permiten rebautizarlas. Todavía adujo la insólita situación a una confusión suya: ¿No era probable que, dado su muy moderado conocimiento del alemán, hubiera confundido dos nombres parecidos?

El tren se renovó de pasajeros y continuó su marcha. Si el tren se movía, intentó tranquilizarse, no podían haber repetido estación; pero algo se le quedó en el corazón. Ahora los pasajeros eran otros, pero también los mismos de los trenes locales: Corteses, impersonales, de breve equipaje. Pero Benjamín R. ya no se entretuvo con ellos; preocupado por su reciente desconcierto, vigilaba por la ventana el (hermoso y monótono) paisaje, atento a la llegada de la estación próxima. Cuando el tren la anunció con un pitazo, Benjamín R. sufrió un mareo debido al vértigo causado por la lectura del letrero, de letras blancas sobre fondo azul, de la estación: Fehraltdorf.

Benjamín R. no se admitió ya explicación alguna para este absurdo itinerario; miró desesperado a los otros viajeros que descendían con total normalidad y ajenos al sudor frío que le helaba el espinazo y el alma. Sintió el impulso de huir de aquel tren maldito, pero ¿dónde huir?, ¿a... Fehraltdorf? Paradójicamente experimentó una súbita sensación de seguridad, inmóvil en su asiento en el vagón de no fumadores. Aún en esos momentos afloraba su ti-

midez. No podía imaginar siquiera la posibilidad de indagar entre los pasajeros (demasiado normales) el inaudito periplo de aquel convoy, que ya reanudaba su marcha.

Paralizado, enfermo, veía pasar un paisaje familiar (hermoso y monótono) borroso por la niebla invernal y por el terror de sus ojos, que el tren iba dejando atrás, como él se alejaba de la vida, para llegar a la próxima estación cuyo nombre aparecía ya entre la bruma, pero que el cadáver de Benjamín R. no pudo ya leer: Effretikon.

PARA JUAN CARLOS

Al pie del arbolito estaban las cajas rotuladas, "Papá", "Mamá", "Mamá Esther", "Tío Alberto", "Julieta", "Yolanda", "Pepe", "Juan Carlos". ¿Juan Carlos? Juan Carlos vió que la que llevaba su nombre era de regular tamaño, y que el papel que la envolvía no era menos vistoso que el de las demás. Un tanto retirado del grupo familiar imaginaba lo que tendría dentro: Seguro nada de lo que realmente había estado antojándose en su recorrido por el centro, pero se veía que era un regalo respetable y, además, una sorpresa, pero ni siquiera ésta podía traicionar el eterno aspecto de indiferencia de Juan Carlos, sólo él podía saber la conmoción que le causaba un regalo para él.

Ya se acercaba el momento que la familia consideraba tradicional para repartir los regalos y abrirlos, cuando sonó el timbre.

-Yoli, te buscan- anunció, nerviosa mirando por la ventana, Julieta.

-Hola Juan Carlos, pasa, pasa -dice el padre, al joven recién bañado que entra en la casa, despojándose de una chamarra de napa-, ya creímos que nos habías olvidado, siéntate, ¿qué te vas a servir?

El Juan Carlos de la casa oye la voz de la sirviente que lo llama desde una antigua pena, como queriendo rescatarlo, "Juan Carlitos, hijito ven, ayúdame a levantar la olla de los choclos".

La odia.



PAVO PARA LA CENA

Este soberbio personaje llegó a nuestra casa como un regalo de tío Oscar. Era su contribución para la Nochebuena.

Desde el principio supimos que no era un pavo cualquiera, pero debimos creerlo porque si no, nos quedaríamos sin cena navideña, o, por lo menos sin la cena universal que queríamos para esta navidad.

Los que vivíamos en esa casa -víctima, años después, de un alcalde sin recuerdos- éramos papá, mamá, y ocho hermanos que íbamos de la niñez a la adolescencia. Una niñez más infantil y una adolescencia más fresca, como era entonces la propia ciudad.

No bautizamos al pavo porque mamá nos desarmó con el argumento irrefutable de que uno no puede comerse a alguien que posee un nombre propio; pero todos sentimos que merecía uno, y hasta un apellido (a los más pequeños les entusiasmaba que entrara a formar parte de la familia, no encontraban gran diferencia con tío Aníbal, llamado, hasta el metro y medio de altura de los niños, el "tío Anímal").

Este frustrado pariente era dueño de una dignidad de caballero que carga su viudez para siempre

y de una elegancia mayor que muchos señores que veíamos pasar desde la grada de la puerta de calle, donde nos sentábamos después del té, hasta que la sombra y la cena nos empujaban adentro.

En sus momentos de éxtasis, durante sus ataques de soberbia, cuando desportillaba las baldosas del patio con el cuchillo de sus alas, enrojecía su cabeza hasta casi dotarle de luz propia y balanceaba su crecido y flácido moco tornasolado, nos impresionaba tanto, que los pequeños debían buscar un disimulado refugio en mamá o, en situaciones de urgencia, en el hermano mayor (aunque con éste nunca se sabía, desde que los llevó a asustarse en la morgue del hospital público), y nada digamos de las patadas que daba a cuanto muslo encontraba a su alcance.

Pero, como pasa con los personajes muy ceremoniosos y respetables, poco a poco fue convirtiéndose en un sabroso sujeto de burla para los menores, en un juguete.

Descubrimos que su mal humor podía darnos grandes satisfacciones.

Luego de un ruido accidental y una respuesta insólita, provocamos sus estridencias con toda clase de sonidos. Nos bastaba silbar -cuando supimos, después de varios experimentos, que era lo que más le irritaba- para producir un reclamo que nos hacía morir de risa. Pero, además, este juego tenía derivaciones que multiplicaban nuestra diversión: Ma-

má había atado al pavo cerca de la habitación del hermano mayor que entre otras costumbres, tenía la de hacer siestas interminables. Por eso, nuestros silbidos provocaban una reacción en cadena que terminaban de diversos modos. Algunas veces en una reprimenda a gritos al sitio donde el hermano mayor sospechaba que se encontraban las orejas del animal, incapaz de competir con su ira; otras veces el maldespertado buscaba un culpable diferente al pavo (no quería adelantar la cena, aún en medio de su extravío) y lo descubría en un niño vecino que tenía la sana costumbre de apostarse en el corredor de su casa que miraba a nuestro patio, para pescar cualquier descuido de las hermanas mayores; alguna vez su madre intervino con resultados que todavía se sienten.

Fueron semanas de diversión que terminaron con la delación de alguno, durante una de las guerras domésticas.

Pero ya la navidad estaba aquí. Después del almuerzo del 24, mamá dispuso sobre el mesón de la cocina el instrumental para convertir a nuestro compañero en una cena. Filosos cuchillos, la hazuela de asesino para romper huesos, el martillo de madera, agua caliente, el libro inútilmente abierto en la página de la receta que ella conocía de memoria, a la manera de las partituras de esos músicos que nunca leen de verdad, durante un concierto; también estaba sobre la mesa un vaso de singani que creímos que mamá se

bebería para darse ánimos cuando llegara el momento de cometer el crimen, pero luego nos apercebimos de que era para emborrachar al animal, como manda la antigua receta.

El inminente sacrificio de nuestro pavo puso algo de tristeza en nuestros corazones, mas ese sentimiento se disipó ante la lámina a todo color del libro de doña Petrona de Gandulfo.

Además, pocas cosas deben haber para un niño, más emocionantes que ver matar o matar.

Pero en eso sucedió lo que quería contar.

Atrincado por todos, especialmente los hermanos menores, al no poder hacer un hoyo en la piedra del patio, obligamos al animal a vaciar en su gazonate el vaso de singani; al hacerlo le vimos un gesto casi humano.

Después, ya transformado en un borracho cualquiera, despojado de la dignidad que había ostentado durante toda su vida, mamá se aprovechó para propinarle un golpe seco en la cabeza, como si nos hubiera ocultado un entrenamiento de golfista, con lo que quedamos con la certeza de que los días de la arrogante criatura habían terminado.

Sopado en el agua caliente fue despojado de su vestimenta de viudo, incluyendo las vigorosas plumas de las alas, y , finalmente, colgado cabizbajo en el alambre de tender ropa, junto a los primeros sostenes de las hermanas mayores, las camisas a rayas de papá, la multitud infinita de calzones y calcetines

de todos y de nadie. Una compañía verdaderamente irrespetuosa. Era difícil asociar "eso" que colgaba con tanta indignidad, con el ser autoritario y respetable que sólo horas antes metía en vereda a todos los habitantes de la casa.

En ese estado lo dejamos, acogiéndonos cada uno a nuestras actividades. Mamá a preparar las guarniciones para la noche, las hermanas a hablar por teléfono o a mecer sus muñecás, los pequeños a sus autitos y los más grandes a las interminables charlas con los amigos que nunca faltaban a todas horas. Papá, que jamás participaba en asuntos domésticos, estaba ya enfundado en su cama, entre pensando y entrando poco a poco en la bruma de la siesta a la que llegaba como los que saben hacerla bien: En ropa interior y metido entre las sábanas.

Fue la hermana mayor la que primero lo vio; descuidó por una vez en su vida el tubo del teléfono para gritar "¡Se está soltando!" Algunos alcanzamos aún a ver al pavo moviendo piernas y (casi digo brazos) alas en su desnudez humana, y caer sobre las baldosas; todavía paralizados de pavor y maravilla, lo vimos ponerse de pie y elegir sin dudar el camino de la huída. Cuando cruzaba el corredor que desemboca en la puerta de calle, comenzábamos apenas a organizarnos. La de la voz de alerta había cambiado el eterno tema de los chicos por un insólito relato a la amiga que había quedado muda en el otro lado de la línea; los dinkys quedaron en situación de

terremoto gulliveriano, y los amigos y hermanos mayores daban carcajadas nerviosas, que terminaron súbitamente cuando se encontraron con la mirada de mamá. Alertado, papá retornó a este mundo e intentó vanamente alcanzar al fugitivo antes de que saliera a la calle céntrica. Ya mamá daba órdenes de capitán y murmuraba confusos argumentos de física elemental acerca de relaciones entre ebulliciones y alturas sobre el nivel del mar.

Los numerosos transeúntes de las 4 de la tarde, los tenderos, y los vecinos que apuraban la tarde en sus puertas, oyeron salir primero la gritería por la vieja puerta familiar, después vieron con algo de horror pintado en sus caras, la salida de un pavo desnudo, obsceno, inverosímil. Detrás de él, compitiendo con la ligereza de ropas del fugitivo, papá, por una vez conmovido por algo; luego hizo su aparición mamá blandiendo en la mano derecha el gran cuchillo de cocina y con la otra enrollando pudorosamente su mandil ensangrentado de infinitas sesiones culinarias, seguidos de los niños y amigos; toda la expedición en accidental formación de grande a chico.

Los vecinos se unieron a la persecución, unos para ayudar, otros por no perderse el desenlace de espectáculo tan fantástico como gratuito y otros porque todavía no estaban convencidos que eso estaba sucediendo en la realidad.

La cacería no duró sino algunos minutos, pe-

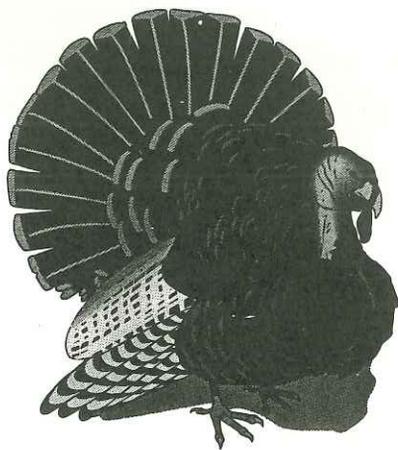
ro los suficientes para llevarnos hasta casi dos cuadras lejos de casa, ya muy cerca de la Plaza Principal. Finalmente el pavo fue reducido en un patio donde se había refugiado por pudor, desorientación o simple cansancio.

Su captura nos hizo muy felices, pero también nos hizo caer en cuenta de nuestro aspecto de perseguidores arrancados de la intimidad del hogar sin la previsiones normales para acceder directamente a la calle del centro de la ciudad. Con la presa en las manos estábamos: Papá descalzo y con tan sólo calzoncillos y una camiseta sin mangas, de esas que llamábamos "musculosas"; mamá con el cuchillo de carnicero que se le había quedado en la mano, vestida como jamás se le hubiera ocurrido salir, incluso le quedaban dos ruleros colgando inútiles por los esfuerzos por la carrera, y el cortejo de niños y jóvenes que completaba más de quince perseguidores, y claro, el fugitivo resignado y temblando de frío, de vergüenza y de derrota, que a simple vista nadie hubiera podido jurar que se trataba de un pavo para la cena de esa noche.

Volvimos de prisa, ocultando en medio de nuestra pequeña procesión las desnudeces de papá y el pavo, del divertido aplauso de los vecinos y la mirada extrañada de los extraños.

En la noche, ya sentados alrededor de la mesa ante el apetitoso pavo relleno, en el momento que debíamos dar las gracias a nuestro Señor recién na-

cido, estallamos en la unánime carcajada que habíamos estado guardando para tal ocasión.



LEER EN EL D.F.

Daniel tenía que acudir a la cita. Suspendió la lectura justo cuando Fernando iba a decidirse. Pero tendría que esperar, Laura era impaciente.

Señaló la página 138 con un boleto de Metro porque no encontró otra cosa. Salió.

Fernando vio la oportunidad en la cartulina magnética que rozaba el párrafo de su decisión. Tomó el boleto, lo siguió por la estación Allende, entramos al convoy, pero al hacer el cambio en Pino Suárez, lo perdí en el torrente humano engordado por las fiestas de fin de año.

Laura no acudió a la cita, pero Daniel se consoló con la perspectiva de la novela. Llegamos prácticamente juntos al departamento, él, vomitado por la boca del Metro Allende y yo caminando desde el Zócalo. Daniel sintió cierta ternura por su soledad, tomó con avidez el libro, lo abrió de memoria en la página 138, pero Fernando no había vuelto todavía.



REGALOS

La mañana del 25 de diciembre, el feriado de las calles pobladas por la ausencia de los adultos que duermen la mala noche de nochebuena, nos reunimos con la niebla temprana.

Cada uno lleva en las manos lo que ha recibido en la navidad, lo que le ha mandado el Niñito.

Las niñas, muñecas y patines, relojes y Diarios; los niños, autos, bicicletas. Y otras maravillas arrancadas del aguinaldo.

Esta mañana, todo es preguntar qué más, o qué es eso, o qué lindo esto otro, comparar, rivalizar, envidiar; cuando notamos que Max está callado con nada en las manos. Uno le pregunta qué te han regalado. Él, "zapatos"; miramos unos sólidos zapatos que brillan donde terminaban sus piernas fuertes. Al notar nuestras miradas y gestos crueles, añade con una sonrisa flanqueada por sus mejillas chaposas, "pero anoche comimos pollo".

DIOS Y SUS MANDAMIENTOS

Había recalado inconscientemente en un bar de la calle España. Imposible recordar si fue a causa de la amorosa, cotidiana, puntual, necesaria disputa contigo, Maribel; por el sencillo encuentro con la tiniebla, el único que me provoca sed; por la celebración de un día colmado de ocio y por hacer votos de pasar uno igual mañana; para gastar la plata de las pensiones de mis hijos; para obsequiarme con unas chevas en un aniversario de la muerte de papá y mamá, en ese accidente bendito; por compartir con cualquier callado la página de "Muerte a crédito" donde Louis Ferdinand habla tan graciosamente de la suya; para reponer jugos después de una casual visita sabatina (de "sábana", no de "sábado"); para beber ánimos e irme escribir un procaz graffito contra el nombre de dios cerca del vano de la puerta del Hospicio; para hacer planes de darle el gusto a la mujer de ese colega, que me mira como para devorarme cada vez que va por la oficina para arrastrarlo a casa; para bajar el empacho del Vivaldi en casa de Marta; para el estimulante, fiel y doloroso juego de fabricar pizze de vómito apuntando a las baldosas de las aceras de la calle Purata. No, no puedo recordar la causa de mi visita a uno

de esos mezquinos negocitos que atrapan, con pretendido aire progre, a eso que llaman "la juventud" y a una fauna de gringos que parecen existir con el único propósito de incitar mi xenofobia. Pero por algunas vagas pistas, creo que fue porque quería no recordar que la virgen María tampoco ese año se había decidido hacerse un legrado como dios manda.

Lo que recuerdo con claridad ("como si fuera ayer", diría la estupidez de las viejas con las que nos divertimos, Maribel) es que me había hecho de un pequeño público formado por dos o tres barbudos con sonrisita de entenderlo todo, una antropóloga o alguna cosa igual de repugnante, el habitué con su histrionismo siempre útil a la hora de pagar la cuenta, un ejecutivo de teléfonos que terminaba su safari urbano y se derrumbaba en su borrachera y hediondez, dos o tres intelectuales a la caza de minas con cualquier alcance intelectual, un tipo que se hacía pasar por poeta por los cuatro libros cuatro publicados con la chorrera de ganancias como transportista; un rubio con cola de caballo que no dejaba vidrio sano sin el regocigo de su propio reflejo; el fabricante de novelas que por sus veleidades, oí que lo llamaban entre carcajadas (cuando ya había partido) "nobe- lista"; un periodista cultural que en vez de ir a los bares del gremio, merodeaba calles España, Mayor Rocha, Ecuador, porque pensaba que así se hacía de un muy útil background para impresionar a sus

cuatro, o cinco, lectores. Y, allá en el fondo de la mesa, un sujeto con un revelador aspecto de haberse bañado hace cuatro días por última vez ("con las uñas de luto", como dicen esas mismas viejas).

Me agrupé un público así de abigarrado, no por la simpatía que me conoces no tener, Maribel, sino porque me hice ver el Billete abultando la cartera cuando mandaba a comprar marlboros a uno de esos raterillos que pululan en la zona rosa de Cochabamba, y además porque repetía como obseso el discurso ateo que siempre da buenos réditos de audiencia. Cuando me tocó reiterar el manoseado argumento de la imposibilidad de dios, recitando aquello de que si él es inmortal no puede ser omnipotente y viceversa (si es lo primero no puede matarse, pero si es lo segundo no puede hacerlo todo, etcétera), vi pararse al de las uñas y acercarse hasta el lugar desde donde yo disertaba.

Me interrumpió con dulzura: "Te estuve escuchando atentamente. Quisiera hablar contigo". Casi me negué de plano, pues tenía a mi auditorio entregado y quería conservarlo así durante las dos cervezas que tenía en mis planes beber todavía, antes de irme, cuando añadió: "Soy dios".

Con semejante noticia, me importó un comino la pérdida de público, pues sabía que lo recapturaría con facilidad cuando les presentara al mismísimo hacedor. En un instante armé el acto en la mente: Yo, parado, al lado del invitado y presentándolo al

respetable, como en show de la TV norteamericana, anunciando con la ironía más infame posible que había algo que desmentía mis argumentos: "¡Ladies and gentlemen, con ustedes: dios!".

Pero algo me detuvo, no su mirada sin pizca de burla, ni la honradez de su cara, sino un hálito divino que emanaba de esa suciedad irremediable.

#

Se recortaba en la puerta del barcito el amarillo rectángulo de la luz municipal. Brillaban unas gotas decembrinas que caían punzando el asfalto caliente. A ese escenario salieron dios y el ateo, ignorantes de toda la suciedad humana (incluida su controversia) y, conversando, se perdieron en dirección al Prado, sin cambiar, ninguno, de acera.

DOLARES

En Ciudad de México se dice que si ves venir un policía por una acera y a un ladrón por la otra, debes elegir caminar por la del ladrón, para estar más seguro. Puedes tomártelo al pie de la letra si quieres, pero ilustra lo peligroso que es tener dinero en el bolsillo y caminar en esa ciudad, por cualquier acera que sea.

Sergio caminaba seguro, pues era el más pobre de los exiliados bolivianos en el D.F. Nunca tenía dinero, sólo su buen humor, hasta que le llegó ese giro de 150 dólares en dos hermosos billetes verdes. Nunca dijo quién se lo envió, pero sí cómo lo iba a emplear: Invirtiendo de alguna forma en la llegada de su mujer que había quedado en La Paz esperando las gestiones de ACNUR para incluirla en un programa de reunificación familiar, seguramente en los días del fin de año, que ya no estaban lejanos.

Los 150 dólares hicieron noticia en el hotel ocupado casi enteramente por los fugitivos del militar de turno en Bolivia, un gorila apellidado García Meza. El suceso consistía en que Sergio era conocido por andar siempre pobre, pero sin pedir nada a nadie. Parecía el único "del numeroso grupo" que nunca necesitaba dinero. Esto no contuvo los entusias-

mos de Sanjinés para casi exigirle *k'asar* su giro en la compra de unos tequilas que estaban faltando para resistir un domingo en el centro de esa ciudad, si el universo tiene un centro. No fue sólo Sanjinés el que había puesto los ojos en el tesoro de Sergio; muchas demandas fueron negadas con autoridad y con argumentos de amor que nadie osó discutir después de la primera explicación.

Sergio compartía la habitación con un compañero para quien el exilio era el verdadero infierno, por lo que poco a poco renunció al diálogo y se la pasaba leyendo, echado en la cama de su habitación viviendo la vida de otros hasta la reunión con su esposa, que era lo único que le importaba. Sus dólares siempre en la billetera y la billetera siempre con él, hasta cuando dormía, después de todo, si no desconfiaba de sus compañameros de exilio, sabía que una tentación podía ser aprovechada por el más honrado.

Un día le insistieron en llevarlo a una guitareada. Aceptó, y rebuscando en su mente sencilla, encontró el modo de llevar su tesoro consigo sin que corra peligro alguno, en cualquier acera por la que caminase.

Desde esa salida pasaron cinco días, cuando llamaron de administración preguntándole si deseaba pagar una conferencia de La Paz. Él sabía que la única persona que haría una llamada así era su mujer, por lo que respondió que sí. Efectivamente era

ella: Le decía que debía hacer un pago hasta esa misma tarde, en la cuenta de los gestores o alguna oficina oficial de Naciones Unidas para asegurar su viaje de La Paz a Ciudad de México. También, que si no podía hacerlo, debería esperar otros largos meses. No entendió muy bien el asunto, pero dijo que claro, que ella se comprometiera en La Paz a que tendrían abonados los 140 dólares exigidos y que la esperaba pronto, amor, te amo tanto y te extraño, y añadió no sé qué cosas, que su compañero triste escuchaba avergonzado.

Eran las 9 de la mañana, tenía todo el día para ir al Banco. Después de saltar su alegría exigiendo a fondo los resortes del colchón, buscó el único par de zapatos que tenía. Al calzárceles, Sergio dió un putazo y se preguntó con un sobresalto dónde estaban sus 150 dólares. Después, se acordó aliviado que los había puesto precisamente en sus zapatos, el día que lo sacaron a visitar esas chicas en Ciudad Universitaria.

Se quitó rápidamente los zapatos y comprobó que seguían allí: El billete de 100 en el izquierdo y el de 50 en el zapato derecho. Esto provocó una excepcional carcajada del compañero de cuarto, mirando a Sergio mostrarle el par de zapatos con el fondo verde.

Pasada la euforia del hallazgo, cuando Sergio intentó sacar los billetes comprobó que el calor de sus pies los había incorporado para siempre al cuero

del fondo de los zapatos. Al intentar despegar uno por la esquina que aparecía un poquito levantada, el papel se rasgó unos milímetros y su temor le aconsejó no arriesgar más.

Hasta entonces se había reunido en la habitación casi toda la colonia de exiliados del hotel y muchos compartían las lágrimas que asomaban a los ojos de Sergio, y ahora, qué vas a hacer, hasta que el compañero triste le dijo que le prestaba sus zapatos y que llevara los suyos al Banco. La idea que resultaba ridícula al principio, fue tomando cuerpo hacia mediodía y Sergio se fue al Banco cojeando y llevando en una bolsa sus preciosos zapatos.

¡Ah, sí!, él y su mujer se reunieron esa navidad.

NIÑITO CUSQUEÑO

La abuelita era nacida en Cusco. El testigo de lo extraordinario que es tener una abuela extranjera, el documento de bautizo -el único que servía para el Cielo y la Tierra, hasta hace cuarenta años-desapareció hecho tiras por la curiosidad de nuestras manitos torpes.

Lo que sí era la prueba irrefutable de su llegada de tierras incaicas, era el Niño Jesús cusqueño que mi bisabuela le había dado como herencia anticipada cuando su hija decidió treparse en el camión del transportista boliviano que se la trajo para siempre a La Paz.

Los grandes ojos morenos que interrumpían la tez sonrosada nos miraban como desde el cielo de noche; un día papá dijo que podíamos caer por el abismo de esos ojos. Aquello, que lo dijo como literatura, nos dió un miedo largo, un deseo de remediar esos precipicios de cielo.

Los instantes que vimos casi desnudo al Niñito de la abuela, cuando lo cambiaba para las navidades, comprobábamos la perfección del artesano. Pero sus ojos. Vestido para la fiesta de su nacimiento, quedaba casi alumbrando el pesebre que armábamos todos con las maravillas que abuelita guarda-

ba en su baúl, bajo llave, durante el resto del año. Recuerdo que había sanjosés y vírgenes marías de todo tamaño, las vaquitas echadas de carey y de estuco y las ovejitas con lana de verdad, pero también había cosas que no eran muy navideñas, pero que la fina esteta de mi abuela determinaba que eran bella compañía para algo tan superior como el nacimiento de Jesús: Una pareja de wayrurus que habían tenido su criíta en su lecho de algodones, unas motitos minúsculas y perfectas, bolitas de cristales con combinaciones de colores imposibles de describir, de las translúcidas y de las que llamábamos "lechecitas", y otras mil pequeñas cosas confeccionadas y guardadas con amor.

Nuestro Niño cusqueño era el tesoro de la familia en tiempos malos y, en los otros, la joya que resaltaba nítidamente sobre los bienes más temporales.

En la navidad de ese año, cumplimos la liturgia de vestirlo, armar el Nacimiento, y se incorporó, no sabíamos bien por qué, un arbolito de pino encima del pesebre, como compitiéndole.

La puerta abierta fue una invitación para el viento entusiasta que entró en la sala, volcó una de las velas sobre la maleza de pacotilla, ésta pasó la llama a los animalitos de carey y oscureció la lagunita de espejo, de allí saltó a las ramas bajas del pino, una de ellas cayó sobre el pesebre y el fuego envolvió al Niñito cusqueño. Pasaron varias llamas todavía, y

recién grité, mientras tenía todavía la cucharilla en la mano.

Los socorros recuperaron lo que quedaba de nuestro Niñito.

En las Navidades que siguieron al siniestro, las visitas que nos iban a abrazar miraban de reojo y horrorizadas la criatura que nuestra familia celebraba en una fecha donde todo debe ser bonito: Un pequeño monstruo en ademán de querer abrazar con sus garras al que se acercara demasiado. Casi calvo de sus rulos, las hondas y vacías cavidades de sus ojos ya no pertenecían a la oscuridad de los cielos, sino a las tinieblas del infierno, y el fuego le había esculpido una sonrisa espantosa.

Pero nadie en la casa parecía notarlo, quizá porque siempre supieron que a los niños nos gustaba más así y nos querían más que al Niño Jesús.

UNA BALA EN EL CORAZON

I

Me llamo Rolando, así, a secas, Licenciado. Los tipos como yo no tienen apellido para otra cosa que no sea el expediente en algún juzgado de partido en lo penal, en ellos figuro con el de Ledezma. En aquel tiempo yo vivía en la pieza alquilada en un hotelito en la zona vieja de la ciudad de la La Paz, de esos que también funcionan como refugio para enamorados con urgencias. Escuchaba mi radio y los gemidos de al lado casi con el mismo volumen a través de las paredes de soguilla -¿vió usted que también trabajé como constructor?-. El día de autos amanecí con la resaca acostumbrada. No debía hacer mucho ese día, pero algo me hizo levantar de cama entre las 9 y 9 y media, creo que fue el hambre. Yo no tenía cómo preparar comidas en mi cuarto y debía salir para tomar desayuno o comer un plato mañanero que me instalara otra vez en el mundo. Al levantarme olfateé mis camisas y no encontré ninguna usada por una sola vez (ni siquiera dos, debo confesarlo) y menos una limpia. En ese momento recordé que tenía una, la a rayas que me regaló una amante menor robándosela a su marido, metida en

una maleta, limpia, porque jamás la usé por cierta apresión, aunque ella me juraba que era recién comprada, pero no le creí e hice bien porque después me enteré que ella jamás decía la verdad. Al sacarla de la maleta vi que estaba hecha un chuño. Con la camisa en la mano, salí de mi habitación en busca del portero del hotelito, un aymara que se paseaba con gran dignidad por el edificio y sus alrededores a pesar de su modesto empleo y los cráteres que le dejó en la cara una viruela mal curada. Debo admitir que la persecución común a una mujercita de la vecindad nos había distanciado un poco de la antigua amistad que nos mandaba, de vez en vez, a un boliche que se hallaba en la esquina, donde vendían las tripas fritas más exquisitas del barrio. Lo encontré remoloneando por el corredor, y le pedí su plancha prestada. Me miró con cierta curiosidad y sorpresa, pero vi detrás de su piel de reptil un destello de alegría por restablecer de algún modo nuestra relación; me contestó que a la suya se le había pelado el cable y estaba inutilizable, pero al ver mi cara de decepción, añadió que Martínez -que se había ido a Cochabamba para pasar las fiestas de fin de año-, tenía una en su cuarto, del que él tenía la llave; fue a buscarla y nos dirigimos a la habitación de este huésped, un ex policía sin ocupación conocida. La abrimos, y comenzamos a buscar la plancha. La encontramos, pero antes, al revolver uno de los cajones de la cómoda vi que había un revólver y

unas balas desparramadas por el fondo. El portero me vió sacar el arma con un lejano miedo; cargarla con una de las balas; apuntarle y amenazarle: "Te voy a matar". Yo había colocado el proyectil en el agujero interior del tambor y calculé, con bastante lógica, que si apretaba el gatillo, el tambor del revólver recorrería tan sólo un lugar y no pasaría nada. La amenaza no fue más que una broma un poco tonta, motivada por la seguridad de que el percutor no alcanzaría la bala que puse. Apreté el gatillo. El estruendo del disparo nos volvió sordos y una humareda azul nos envolvió; nos encontrábamos a una distancia de menos de un metro y medio. La camisa de Román se tiñó de rojo en el lugar donde puso la mano que miraba cuando me miraba a mí, aterrado. Ese lugar era el del corazón. El primero en reaccionar fue él. Se levantó tambaleante y salió a grandes pasos de la habitación. Lo seguí, y vi que se perdía por el zaguán que conducía a la calle. Había entrado en el establecimiento del lado, donde hay una sastrería. Allí aparecí yo, recortado en la puerta, todavía con el revólver en la mano. Román, sastre y aprendices se arrimaron en una esquina del negocio, mientras la víctima imploraba que no le matase. Tiré a un lado el revólver al comprobar que el disparo fortuito estaba siendo interpretado de modo equívoco. Me di vuelta e hice parar un taxi. Aconsejado por el sastre, que en verdad parecía simplemente querer librarse de todo el asunto, introdujimos a Román en

el automóvil y partimos a una posta médica, que no estaba lejos del hotel. Durante el trayecto, yo rezaba para que el portero no se me muriera. Le decía las palabras que vi en una serie en la tele, pero que me sonaban insuficientes, y a él más todavía. Cuando llegamos vi con alivio que Román podía caminar con sus propios pies. La llegada de un tipo con la camisa blanca invadida de sangre, tambaleándose al lado de otro prácticamente en pijama, agilizó a camilleros y enfermeras y se lo metieron rápidamente a emergencias, cuya puerta me dio en la cara, dejándome en compañía de un viejito con dolor de muelas. Después de unos diez minutos, llegó un jeep de la policía. Un oficial me preguntó si era yo el que había traído al herido de bala recién ingresado. Le respondí que sí y me dijo que debía acompañarlo hasta la estación policial. Yo recién comprendí que la cosa era asunto de la ley (el que inauguraba una larga lista que no termina hasta hoy). Fui llevado hasta allá y me condujeron, después de tomarme "las generales de ley", hasta un cuartito con unas diez o doce personas con unos rostros de arrepentimiento que no daban más. La mía también debió verse así, porque fui recibido como uno de los suyos.

Ese fue el primer recinto de los muchos que transité desde aquella mañana, hasta que mi hermana movió toda su influencia para sacarme libre de culpa y borrado cualquier antecedente, y me reconstituí en mi hotel exactamente quince días después del

sucedió. Al bajar del taxi, con mi frazada, dos semanas de barba y un olor de los mil diablos, vi que de otro auto descendía Román. Tenía un aspecto muy saludable, su ropa estaba completamente limpia y llevaba un bolso de mano que no le conocía. Me saludó con altanería y desconfianza y fue notorio su deseo de no entrar conmigo. Me adelantó unos pasos. A los dos días me echaron del hotel; Román ni siquiera quiso despedirse.

Cuando llegué a Cochabamba, supe que la noticia del suceso había sido difundida por la radio, en uno de esos programas policiales. En casa de mis padres la escucharon y cuando mencionaron mi nombre, se habían reído comentando que el que el locutor señalaba como un criminal tenía el mismo nombre que yo. Ahora no se ríen más.

II

Mi nombre es Román Mamani, Licenciado, le voy a contar lo que pasó. Soy portero del hotel Illimani. Esa mañana yo me levanté a las 6, como todos los días. Era sábado, me acuerdo. Barrí los corredores y fui a echarle un api con llauch'a de mi casera del frente. Después comencé a baldear los baños, pero hacía un frío que me hacía doler las manos y lo dejé para más tarde. Cuando por fin el solcito calentó, estaba yendo a los baños, cuando me encontré con el Rolando. Este era un hombre bien desconfia-

do y además medio traicionero. Siempre andaba haciendo bromas porque soy fiero y queriendo hacerme quedar mal con las imillas de los vecinos. Pero con la Flora le fue mal, porque por más que le fue hablar mal de mí, yo me la tiraba. Antes éramos más amigos. Incluso íbamos a chupar juntos. Apreciaba la tripa de doña Remedios; pero cuando estaba chupado, le gustaba burlarse de mí y de mis cholas, pero era buen tipo no más, porque me invitaba. Justo pocos días antes me invitó y me puteó grave y cuando le respondí me amenazó con hacerme algo. Bueno, me encontré con él cuando iba con mi balde y mis trapeadores al baño. Apareció con pinta de haberse levantado ese ratito y con una cara de ch'aki. Tenía una camisa a rayas bien arrugada en la mano. Me pidió que le abriera la pieza de don Martínez para buscar una plancha. Me pareció raro, porque él tenía su plancha que incluso botaba vapor y no había necesidad de rociar la ropa. Pero no le dije nada de eso. No me acordaba si don Martínez me había dejado la llave antes de ir a Cochabamba a pasar las fiestas, pero le dije "no tengo su llave, se la ha llevado". Medio que se calentó y me obligo a ir a la administración para ver. A esa hora no había bajado todavía la dueña. Fuimos y me pescó: la llave estaba colgada en el número 43. Ese señor antes era policía, pero ahora es contrabandista. Descolgó la llave y se adelantó, diciéndome: ven te voy a devolver la llave. De todas maneras yo iba a ir con él porque des-

confiaba de este ñato, capaz era de robarse no sé qué y echarme la culpa. Yo sabía dónde estaba la plancha de ese caballero. La saqué, pero vi que Rolando iba directamente al cajón de la cómoda, sacaba el revólver de don Martínez, lo cargaba con una bala y me apuntaba diciéndome ahora, fiero de mierda, ya me tienes cabreado, te voy a matar. Parecía mareado. Yo, asustado, le dije cuidado pues, don Rolando. El que contestó fue el revólver. Un ruido bien fuerte y harto humo, un dolor fuerte en mi pecho y mi camisa roja de sangre. Casi me desmayo, pero mientras me apoyaba en el ropero agarrándome el pecho, vi que don Rolando buscaba más balas en la cómoda. Me di cuenta que yo no estaba muerto y salí del cuarto olvidándome de la llave, de la plancha y de todo. Lo único era que quería escapar de ahí. Cuando estaba en el zaguán de salida del hotel vi que don Rolando me perseguía revólver en mano; entonces me metí en la sastrería del lado gritándole al maestro José que don Rolando estaba viniendo a matarme. El y sus ayudantes se asustaron al verme todo ensangrentado y en eso apareció en la puerta el Rolando apuntándonos. Cuando se dió cuenta que la gente comenzaba juntarse detrás de él y había ya muchos testigos, tiró el revólver y se hizo al bueno gritando voy a conseguir un taxi para ir a la asistencia. Hizo parar un taxi y el maestro y sus ayudantes me empujaron afuera y me metieron al taxi donde también subió el Rolando. En el trayecto que son unas

siete cuerdas me decía tranquilo, tranquilo, fiero, no te me mueras y no sé que huevadas más, mirando al maestro que nos miraba bien asustado por el espejo retrovisor. No me morí y llegamos a la asistencia. Con ayuda de dos camilleros me metieron donde el médico y el Rolando se quedó afuera hecho al preocupado. El doctor me curó y me vendó, diciendome carajo que eres duro, la herida es superficial; la bala no entró. Si entraba estabas muerto. En el papel que me dió decía herida en el borde izquierdo del esternón. Después me llevaron al hospital de Miraflores donde me quedé como dos semanas. Ahí me contaron que el Rolando estaba en la cárcel pero yo sabía que esos ñatos nunca se quedan adentro, menos todavía si es por disparar a un portero como yo. Desde que el doctor me dijo que no era una herida grave, me sentí bien, ya no me dolía. Esos quince días fueron vacaciones para mí. Comía bien y todo el día echado en la cama bien atendido por unas señoritas bien buenas. Hasta me hice amigo de algunos enfermos que estaban más jodidos que yo. No me quería ir. Cuando me dieron de alta me dieron mi ropa limpiecita y la dueña del hotel me trajo un maletín. El doctor me dió plata para el taxi y llegué al hotel justo cuando llegaba también el Rolando que había salido de la cárcel, lógico. Me saludó como si nada hubiera pasado, pero yo casi no le contesté y me entré rápido, sin esperarlo. Hubiera querido que se quede en la cárcel por cabrón, pero al final pienso que no importa;

se fue del hotel y además en el barrio las cholas me miran con ganas porque dicen que me rebotan las balas.

III

Yo trabajaba tranquilamente en mi taller, hilvanando una obra cuando escuché una explosión, dentro del hotel. Qué será les dije a mis ayudantes, parece un disparo. Cómo pues, contestaron, debe ser un cohete. Después de un ratito apareció en la puerta de mi sastrería ese llockalla malcriado que trabaja de portero. Tenía una herida en el pecho y respiraba apenas. Le vi la herida y se notaba que no era grave. Sólo manchaba mucho su camisa porque era blanca, aunque bastante sucia, pero el portero gritaba como un chanco diciendo que le habían querido matar y se apretaba contra mí ensuciándome el saco y hasta manchó con sangre el corte plomo que me dejó el doctor Peredo, el abogado de aquí a media cuadra, para que le confeccione un traje que debía entregarle esa semana. Tuve que pagarlo, porque usted sabe que las manchas de sangre no salen con nada. Bueno, ese momento apareció don Rolando Ledezma, joven que parecía de buena familia, pero farreaba mucho; creo que el portero lo llevaba ahí al bar de la esquina para mangüearle. Agarraba un revólver cuando apareció en la puerta y me explicó se había disparado sólo y quería llevar al llockalla a que lo curasen. Yo no sabía qué pensar. Este don Ro-

lando era capaz de no más de hacer cualquier cosa cuando estaba mareadito. El Román -así se llama el portero- no quería ir. Yo lo empujé afuera diciéndole que tenía que ir, además mi mesa estaba llena de telas y tenía miedo que se mancharan. Se fueron en el taxi y después un cliente me contó que la herida no había sido nada, pero que el Román estaba internado quince días en el hospital y, mire la casualidad, don Rolando preso también quince días. Lo soltaron y pocos días después supe que se había ido a Cochabamba; ahí se había dedicado a la mala vida. El llockalla sigue trabajando en el hotel y está más parador todavía, anda diciendo que le rebotan las balas, qué le parece.

¿El revólver?, lo vendí pues, Licenciado, para pagar el corte.

ANTEQUERA Y SU DESTINO

Hay -destinos- que -están- sellados, pero como pasa con todo, sólo al final, cuando -todo-está- consumado lo sabemos. Entonces aparecen los profetas y los videntes, ¡ah! y los sociólogos, siempre después.

El caso de Mauricio Antequera fue así, aunque más de uno de estos magos pudo predecirlo de verdad.

Mauricio era el último de los hijos del coronel Antequera y de la señora de Antequera; el último, no porque hubiera nacido a la cola de sus cuatro hermanos y hermanas, sino porque era el único sobreviviente de los vástagos del militar y señora, todos muertos a causa de enfermedades y accidentes.

Mauricio era, entonces, la esperanza del coronel, la esperanza de que se convirtiera en general. En general esta esperanza iba muy bien, aunque salpicada de preocupaciones por los sobresaltos en la salud del futuro oficial. Obligaciones y exigencias, malestares y médicos, hacían a la señora de Antequera llamar a Mauricio "mi cruz", pero todos creían ver una ternura escondida en esas palabras. También decía "mi cruz" de su marido, pero en el caso de és-

te, sus palabras no tenían el mismo aroma.

Todo comenzó en la escuela primaria, donde había la tradición de hacer una ceremonia de bachillerato de primaria, y en cursos inferiores, la de la primera comunión que ordenan las normas católicas.

En este segundo sacramento católico, hizo su debut público la precaria salud de Mauricio, según su madre, y la torpeza y mariconería, según su padre. Sería el incienso, la intensidad de la explosión de flores que adornaban la capilla del colegio o la sangrienta representación del Cristo en las maderas, cuyo sufrimiento había el artesano exacerbado hasta extremos escandalosos, el caso es que el estómago de Mauricio sufrió una malhadada contracción que expulsó un chorro del té solo, que su madre le había servido en la mañana, adornado con regulares trituraciones de la cena de la noche anterior sobre la patena de un cura estadounidense que sólo su largo entrenamiento en el seminario de Illinois le impidió rajar el cráneo del joven estudiante, con el propio utensilio litúrgico.

El mareo, este mal algo absurdo en un país mediterráneo como Bolivia, se ensañó con Mauricio también al recibir el primer diploma de su vida. A pesar de los consejos y las infusiones de la señora de Antequera, el piso donde el joven bachiller de Primaria descansaba se tornó ondulante y lo empujó al frente, de modo que en un gesto maquinal de su-

pervivencia se aferró a lo primero que tenía delante: El vestido de satén celeste de María Angélica Recacoechea. Esta hermosa niña, cotidianamente desnudada con la mirada lasciva de sus compañeritos, se vio de pronto literalmente desnudada frente a un sudoroso público formado por papis, mamis, hermanos, tías, curas y monjas que pugnaban por no perderse detalles de aquellos minúsculos sostenes y el calzoncito de encaje que no podían ocultar sus manos crispadas, todo en un escenario de recién recibido sistema de iluminación, donación de los vecinos de un pequeño distrito de Long Island.

Inesperados-golpes-del-destino o visión desde los meandros de su náusea, después de ese episodio María Angélica Recacoechea se convirtió en la obsesión amorosa de Mauricio Antequera; pero hija del hijo del ex terrateniente y de la hija del hijo del abogado de la "Aramayo Mines" y provista de apellidos de country club, para no contar con la épica vergüenza del escenario, la niña (ya adolescente en este punto del relato) ni exigiendo-al-máximo-su-imaginación podía pensarse paseando de la mano del hijo del coronel Antequera, a la sazón postrado en una cama del pabellón de enfermos infecto-contagiosos del Hospital Obrero Número 2, de donde ya no saldría sino cadáver, seguido de cerca por la ahora viuda de Antequera.

El legado que la viuda recibió de su marido fue un modesto anticrético, un hijo endeble y el difi-

cil encargo de que éste siguiera la carrera militar.

Entre vómitos y caídas Mauricio transcurrió sus estudios hasta llegar al bachillerato de verdad. Pe-se a todo lo consiguió en el mismo colegio, a la mis-ma distancia de los cuatro bancos de María Angélica y a los varios años luz de su corazón.

Otro-suceso-digno-de-anotar fue el que protagonizó el día de la "promoción", esta vez en un cine cuyo administrador suspendía las funciones de filmes porno y de artes marciales para alquilarlo a las ceremonias que menudeaban en el mes de no-viembre de todos los años, con preferencia a pedi-do de colegios católicos.

En la mañana, su madre le había servido un desayuno digno de la ocasión: Café con leche, tos-tadas, mantequilla y mermelada de frutilla, jugo de naranja y los restos de la torta de su cumpleaños. Fortalecido así el estómago marcharon a la cita ma-dre e hijo, sin la esperanza de ver algún pariente pa-rra celebrar el bachillerato en humanidades, pero felices de ser los dos quienes compartirían el al-muerzo en el restaurante del tío lejano.

Habían pasado meses desde su último vahído y eso parecía proporcionar una confianza inconscien-te a la triste pareja de viuda e hijo que se apeó del micro "F", a media cuadra del teatro.

Arremolinados en el vestíbulo estaban sus com-pañeros, empujándose, admirándose y burlándose de su elegancia, los jóvenes de traje azul y las jó-

venes de celestes y rosados en competencia de precios y de calidad de las telas desenvueltas en las tiendas de la calle Esteban Arze. Allá estaba María Angélica, un poco separada de todos por la muralla de la espalda del campeón de natación de los concursos intercolegiales -y seguro arquitecto por mandato de su papá arquitecto-, y de algunos parientes, entre ellos su abuelita, una viejecita que no comprendía muy bien lo que pasaba y nadie se compadecía de su acuosa mirada de desamparo que dirigía a todos. Mientras el alma de Mauricio aceleraba el desasosiego de siempre cuando el milagro reunía a los dos en un mismo recinto, ya las monjas y curas pateaban sus ropajes de desperdicio de tela de algodón, arreando a los bachilleres. Finalmente quedaron todos en formación para el desfile, y los parientes y amigos instalados en las butacas del teatro, abarrotándolo. Comenzó la marcha triunfal. A Mauricio y madre les tocó iniciar su andar a poco de comenzada la música, ella mirando a su hijo con una interrogante en sus ojos y él mirando el escenario lejano como deseando alcanzarlo en un instante, con una normalidad que ya sentía escapársele.

Y sucedió otra vez. Qué-caprichos-tiene-el-destino, el obsequio del estómago de Mauricio Antequera también esta vez tocó a la familia Recacoechea. Fue la abuelita desamparada la que recibió en plena cara surcada-de-arrugas, que facilitaban el deslizamiento de líquidos y materias, el café

con leche, tostadas, mantequilla y mermelada de frutilla, jugo de naranja y los restos de la torta de cumpleaños, acompañados por el ácido aroma de los jugos gástricos y otras sustancias que deben, comúnmente, seguir otro camino a la libertad.

Las-vueltas-del-destino, cuando nos encontramos con Mauricio ya casi subteniente de Ejército, lo vemos como novio oficial de María Angélica Recacoechea. María Angélica Recacoechea se había comprometido con el arquitecto de las espaldas y en la primera prueba-de-amor quedó embarazada. Con el engendro latiendo en sus entrañas había sido conducida por los brazos nadadores hasta el consultorio del médico familiar donde se le practicó una que pareció simple consulta por lo eficiente y discreta. Huído forzoso de esta vida el primogénito del arquitecto, éste siguió su ejemplo, pero no de este mundo, sino del compromiso matrimonial con la convaleciente, y de Bolivia. Ella nunca se recuperó de tales abandonos. Sus bajas entrañas y su corazón vacantes fueron ocupados por el rencor hasta que se topó con la mirada sin esperanzas del cadete, parado dentro de su uniforme militar en El Prado de La Paz, ensuciando sus guantes blancos reglamentarios con los nervios del encuentro fortuito. ¿Será-el-destino?, se preguntaba Mauricio Antequera, después del mareo y la arcada clandestinos. ¿Era aquella María Angélica la que ahora le saludaba con un beso y le preguntaba, radiante, qué bien se veía?

Era.

Después de la ceremonia de graduación con entrega de sables en el patio de honor del colegio militar, estaban citadas las familias de Mauricio y María Angélica para celebrar el compromiso matrimonial y los primeros brindis de fin de año. La del militar, en realidad él y su madre, con el mismo grado de aprensión, desconfiada, que la resignada, de la novia.

Todos esperaban el momento-culminante en las graderías la tarde de sol de diciembre en la que el Presidente de la República y Capitán General de las Fuerzas Armadas de Bolivia y el Comandante de las mismas fuerzas entregaban los sables a los marciales jóvenes que comenzaban en ese instante su carrera militar.

María Angélica meditaba su desprecio por toda la liturgia castrense y la aumentaba a la vista del novio que había adquirido su despecho. Sus padres pensaban que después de todo no era tan malo casarla con un militar, pues desde algunos años atrás hasta había algunos presentables, e incluso consideraban, un poco en broma, la remota-posibilidad de que llegue al Palacio Quemado. A la viuda de Antequera ni siquiera el sol altiplánico le descubría sus-más-íntimos-pensamientos.

Llamaron a Mauricio Antequera. A la voz marcial que pronunció su nombre, comiéndose alguna sílaba, ya comenzó su malestar. Avanzó, sin que na-

die notara su vacilación, los pasos de reglamento. El Presidente de la República, muy parecido a un Jack Lemmon con el pelo enrulado, era quien le entregaría su arma. Éste dijo las palabras-de-rigor con el énfasis que ponen estos personajes cuando desarrollan los papeles principales en ceremonias de esta clase. Mauricio extendió los brazos enguantados de una blancura pariente cercana del glacial que se alza allá al sur de la ciudad; el mandatario posó el sable sobre la albura y en ese mismo instante Mauricio vióse presa del mareo más grande del mundo. Cayó en cámara lenta, pasando su mirada por el rostro colorado de ira del presidente (no alcanzó a ver los de los generales y coroneles cuyo horror y odio le hubieran devuelto a la vida), por el nudo un poco torcido de su corbata de seda, por su gran vientre y finalmente, la cara del suboficial golpeó el cemento junto con el sable, pero éste rebotaba hermoso y refulgente rozando los zapatos del Presidente mientras la luz de Mauricio se hundía en el precipicio de la muerte.

La enorme conmoción de patio de honor y graderías escondió la figura que se alejaba, furtiva, de la escena de la tragedia, con el rostro indisimulablemente radiante del deber cumplido: El de haber tirado a la hoguera del destino el último madero que la agobiaba.

Sólo María Angélica entendió a la madre de Mauricio que se iba y le dedicó una mirada de gratitud.

OFICINA DE PATENTES

Él quería amar. Y ser amado, claro, pero ante todo, quería amar, morirse por alguien. Había pasado ya treinta y pico años vestido. Espectador de la puesta en escena cotidiana del odio; el lobo de Rubén Darío, diría el profesor de secundaria, pero a diferencia de ese animal, creía todavía que podía hallar amor entre los seres humanos, en *una* ser humana.

Un día de uno de sus años de soledad entró a la Casa de la Cultura. No lo hubiera hecho nunca (le gustaba Rimbaud, en pronunciación norteamericana), pero acompañaba a un amigo escultor que hacía unos arreglos para obtener el salón municipal para una exposición el próximo año. Lo esperó en el pasillo. La oficina donde disponían del salón estaba al lado de la del registro de patentes.

Ahí dentro la vió, detrás de un escritorio viejo, rodeada de papeles inútiles y acompañada de una anciana mimetizada con ellos, como en el muro de barro Rambo, en "Rambo". Supo que los amargos años de casi desesperanza habían terminado súbitamente. Ahí estaba el amor, ahí, en medio de la fealdad estaba, por fin, la belleza; ahí, sentada con

cara de aburrida y amarillada por la polvareda de los infolios sin edad, hasta un poco despeinada, estaba Ella.

Sin esperar al escultor (ya no amigo, ni ningún otro, ni cosa alguna, porque su amor la convirtió en el único habitante del planeta y a él en su esclavo cuyo servilismo hubiera causado escándalo de haber habido algo para compararlo y alguien para hacerlo), se fue.

Pero la larga soledad le había convertido en un ser tímido de verdad. Tanto, que tardó quince días eternos en inventar una estrategia para presentarse ante ella.

En esas dos semanas se sacudió de sus más amadas costumbres, de sus irremediables vicios, de sus gustos. No fue más al cine, aunque estuvieran dando una de Sergio Leone; dejó que se empolvara el cd de las las vaquitas de Pink Floyd, ahí en la mesa, desnudo de su estuche; provocó una nueva arruga en la cara de su madre cuando ignoró su comunicación de que el almuerzo sería papaliza, pero la convenció de que tenía un hijo enfermo cuando ella vió que dejaba correr con indiferencia el caldo dorado entre sus dientes separados, sin saborearlo, ni masticar "con el placer de siempre" los hermosos trozos translúcidos. Dejó con el saludo en la boca a todos sus familiares, conocidos, amigos y personas piadosas. Suprimió los sandwiches y patitas de El Herrero, su vuelta de las 5 por el pasaje del mercado 25 de

Mayo, la de las 6 de la tarde por La Plaza, la de las 11 post mortem por la España; abandonó sobre su mesita de noche, cubiertos de una alfombra de ceniza los "Cuentos de Navidad", abiertos en la página 37; sorprendió con una diligencia automática al gerente de la asociación de avicultores donde todo indicaba que iba a transcurrir por siempre su existencia mediana. Sólo pensaba en la irreprimible aproximación a su divinidad.

Un día, coincidente con el inminente alumbramiento de la Virgen María, el hallazgo lo detuvo en seco en la puerta del Correo, en la avenida Ayacucho. No le importó (no existían) los que lo miraron como al tipo de "La mala reputación" de Brassens y Paco Ibáñez: La estrategia estaba tan clara que se avergonzó cuando llegó la revelación.

No le tomó mucho tiempo darle forma. Al terminar, cambió dos micros que lo llevaron hasta la puerta de la Casa de la Cultura, donde un taxi casi lo atropella, y subió de dos en dos las gradas hasta la oficina de registro de patentes con planos y especificaciones de su invento: La rueda.

VINO PARA LA CELEBRACION

A Ramos la coincidencia le resultó muy grata. Cuando Roberto le hizo la confesión sin poder reprimirse, llevado como un ingenuo por la suya, en un encuentro en el café a donde lo condujo la nostalgia, que había renacido bajo el abrigo de una maravillosa mujer, como el tío Alberto de Serrat (así lo dijo), Ramos se alegró sinceramente; raro en él, que la felicidad ajena le causaba un incómodo malestar que se arrugaba en su cara, al que nunca pudo encontrar remedio.

Es que Ramos había alquilado por esos días un lindo departamento en el Mediterráneo 3 para compartirlo con Marta, a la que consideraba el tesoro escondido (así lo dijo) debajo de tres matrimonios equívocos.

Después de haber aprendido a silbar juntos, compartir una bicicleta Bianchi, maldecido a sus profesores, haber ahorrado para pagar la primera sesión del amor con putas, seguido materias y compañeras en la universidad, fabricar miguelitos y más tarde bautizar hijos, no se veían desde las elecciones del 93; pero la amistad interrumpida por interesados caminos políticos y de negocios de Ramos y la

inmadurez de Roberto, se encontraba todavía en los archivos sentimentales de los dos, aunque es cierto que un poco más en el de Ramos. Roberto, al llegar al café temía encontrar a su amigo, pero también quería terminar, bien o mal, con ese sentimiento sin claridad que lo inquietaba, más todavía ahora.

La llegada casi simultánea de los nuevos amores se tradujo, primero, en algunas palmadas en la espalda de Ramos y caricias en la cara del otro, a medida que las botellas de cerveza, que reemplazaron a los hipócritas cafés del primer round, llenaban la mesa. Roberto se esforzó por no mencionar los temas políticos y más bien se sintió a gusto al hablar de sus nuevas conquistas, o más bien a escuchar, porque Ramos había sido siempre el más hablador, también ahora. No quedó nada ausente de Marta en su disertación, todo en ella estaba para ser elogiado. Roberto se reprendió al instante después de pensar que era muy de Ramos describir así las marcas para las que diseñaba campañas publicitarias, en las que alguna vez lo había ayudado con dibujos o pinturas. Le creyó, le quiso creer, sin poder reprimir un soplo de ternura mezclada de lástima por el publicista.

Durante las tres y pico horas que se quedaron en El Metropolis, la chica de Roberto sólo salía a flote como fotos fijas en el largometraje de Marta, pero solamente de ésta apareció una verdadera instantánea por la boca de una gorda billetera. Fue algo que el pintor agradeció por doble partida; prefería

no hacer informes muy largos de su vida privada, sin embargo se mostraba ávido por la de los demás. Las miraba como a composiciones. Le apasionaba "El jardín de las delicias" de Hieronymus Bosch, que vio en Madrid y conservaba una copia gigantesca en su atelier.

- Y encima la navidad es la próxima semana- estaba diciéndole Ramos, ya dueño de comprometer para cualquier cosa a su amigo recuperado.

"La navidad", pensó con algo de preocupación, Roberto. "Ahora va proponer festejarla juntos".

- ...así matamos varios pájaros de un tiro: el nacimiento de Jesús, el nacimiento de los amores y el renacimiento de la amistad-, recitaba el publicista.

"La cosa se pone jodida, pero no deja de tener algo de verdad, aunque las últimas proposiciones de éste están por verse. Quizá hasta llevemos un disco de Milton do Nascimento", se esforzaba por divertirse Roberto.

Debía irse al vernissage donde lo esperaba Eliana, pero no se lo dijo. Sólo que tenía que trabajar.

- "Trabajar"- le dijo un Ramos colorado, apuntándole con el índice y sonriendo.

Antes de irse quedaron comprometidos para el 24 de diciembre a las 9 de la noche en el departamento nuevo del Mediterráneo III, el más cómodo para festejar nacimientos, renacimientos y hasta engendros.

Cuando Eliana le oyó decirlo, casi sin haber

terminado su largo saludo, en la entrada de la galería "Trazos", su empujón provocó el aullido de la suegra de la artista que abría su primera exposición individual, por el pisotón del gran zapato de Roberto, pero el grito se truncó cuando la dueña del pie reconoció al famoso pintor y casi le agradeció el dolor del empeine, con un gesto conmovedor para Eliana, que no podía vivir un día sin contarle a Roberto las *mise en scene* privadas de las señoras que actuaban en los sitios más diversos. Él le respondía que era una sádica, que un día se encontraría actuando para una chica.

El empujón que hizo retroceder a semejante Roberto resultó tan vigoroso debido a los nervios de Eliana que luego, vencidos por un whisky apurado, se tornaron en interés, hasta que poniéndose de puntas, susurró al oído de un Roberto que se moría de risa tratando de tapar con el hombro su oreja quisquillosa: "¿Por fin?".

Se despidieron con cariño de la suegra de la pintora y se fueron corriendo a revolcarse en la cama, insultándose de felicidad -"puta", "cabrón"- y compitiendo en lamidas profundas, hasta quedar todo babeados, dormidos entre las sábanas sucias y húmedas, amados, seguros. El desayuno fue de Marta, estaba entre las marraquetas, metida con la miga, la mantequilla y la mermelada de frutilla. Entre sorbos de nescafé cargadísimo y el jugo de naranja imaginaban su historieta. Eliana graficaba con ges-

tos el informe entrecortado que Roberto le rendía. Por algo era pintor, la fotografía de Marta seguía en él como la luz permanece dentro de los ojos cuando se cierran. "Y encima, sonreía", Roberto informaba. "Imagínate, un molle de copa verde, un campo de cebada todavía verde, las montañas también verdes al fondo, su ropa celeste, creo, pero poniendo un poco de voluntad, verde; un plano americano de nuestra Marta. Y una boca implacablemente roja, más grande que la cañada fuera de foco, ... y encima ¡sonreía!" "Qué boquita, ...la tuya", le dijo Eliana antes de atorarse. "Castigo de dios", dijo Roberto. Después del desayuno, antes de la siesta de la mañana, reconstruyeron todavía los pedazos que faltaban de Marta, que no eran muchos, pues a todos se los tragaba la nueva novia de Ramos. Reír imaginando una carcajada de ella, los extenuó al punto de adormecerse en un abrazo a medio camino del amor.

Ramos había llamado tres veces en esa semana para recordarle la cena de los nacimientos. Si hubo duda o temor en Eliana o Roberto, los habían alejado sus conversaciones de ojos, bocas y manos y alguna palabra, hasta llegar al 24 con un entusiasmo parecido al que ponían cuando iban a ver una de David Lynch.

Se fueron al IC Norte para comprar dos botellas de vino y las papas fritas con queso sin las que a Eliana le era imposible la vida.

Llegaron donde Ramos ya pasadas las diez de la noche porque todavía se desviaron al atelier para celebrar sobre el colchón el pernod que había aparecido en el enorme bolsillo del sacón de Roberto, en el estacionamiento.

Les abrió Marta. Entró Roberto primero a causa del empujoncito de su novia. La saludó con la misma felicidad con que miraba a las chicas de Federico Fellini, pero poniendo un cuidado exquisito para no volverse hacia Eliana por el simple motivo de evitar volverse loco, y para que no se exaltara de repente el pernod que llevaban puesto.

En la sala, Ramos -camisa, tirantes y mandil- casi corrió a su encuentro, lo abrazó envolviéndolo en un perfume de Old Parr. Algo cambió en los pliegues de su cara, miró a Eliana detenida en su sonrisa conmemorativa, y le dijo, desconfiado, con los ojos puestos en la puerta abierta para nadie más, "... hijita, qué milagro...". Y volviéndose a su amigo, con pánico y un vertiginoso deseo de no escuchar la respuesta. "... Roberto, ¿por qué no vino tu novia?"

-Vino-, dijo Roberto, poniendo las dos botellas sobre el mantel.

Indice

<i>Prefacio</i>	7
<i>Cuentos y Luciérnagas</i>	8
Atenciones	11
El regalo llegó por correo	15
Antes, un aperitivo	17
El Pibe	21
Salud, salud	25
Viaje	31
Para Juan Carlos	35
Pavo para la cena	37
Leer en el D.F.	45
Regalos	47
Dios y sus Mandamientos	49
Dólares	53
Niñito cusqueño	57
Una bala en el corazón	61
Antequera y su destino	71
Oficina de patentes	79
Vino para la celebración	83

Antonio Rivera Mendoza, escritor boliviano, es duro al juzgar, al apreciar, aún a sí mismo. Tiene la facultad de percibir instantes adversos de la vida que vienen a ser el meollo de sus relatos, mismos que por primera vez concentra en este libro **"Cuentos de Navidad"** cuyo título ya de por sí es irónico con respecto al contenido.

Hábil con el manejo del lenguaje, reflejo fiel de expresiones cotidianas, no se pierde en ampulosas descripciones sino más bien va atando las acciones con rapidez, con prontitud, para ir conformando universos de **seres de sombra que acompañan la soledad que llaman vida.**

Antes de leer sus cuentos, Antonio Rivera nos hace solo una recomendación: **"Lean sin indulgencia".**